

**ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE 1 Y 2 TESALONICENSES  
Y CANTAR DE LOS CANTARES 7—8**

**Ser santificados por completo y  
guardar perfectos nuestro espíritu, alma y cuerpo  
(Mensaje 9)**

Lectura bíblica: 1 Ts. 5:12-24

- I. Dios no sólo nos ha hecho santos en cuanto a nuestra posición mediante la sangre redentora de Cristo, con miras a apartarnos para Él en el contexto de Su redención jurídica, sino que además nos santifica en cuanto a nuestro modo de ser mediante Su naturaleza santa, con miras a saturarnos de Él mismo en el contexto de Su salvación orgánica—He. 13:12; 10:29; Ro. 6:19, 22; Ef. 5:26:
  - A. La santificación que Dios efectúa con respecto a nuestro modo de ser, la cual se realiza en nuestro espíritu, alma y cuerpo, consiste en “hijificarnos”, de modo que alcancemos la madurez como hijos de Dios y seamos hechos iguales a Dios en vida y en naturaleza, mas no en la Deidad, a fin de ser la expresión de Dios—1:4-5; He. 2:10-11.
  - B. Al santificarnos, Dios transforma la esencia misma de nuestro espíritu, alma y cuerpo, de modo que, en naturaleza, seamos hechos completamente iguales a Él; así, Él guarda perfectos nuestro espíritu, alma y cuerpo—1 Ts. 5:23.
- II. Dios no sólo nos santifica por completo, sino que además guarda perfectos nuestro espíritu, alma y cuerpo:
  - A. En términos cuantitativos, Dios nos santifica por completo; en términos cualitativos, Dios nos guarda perfectos; es decir, Él guarda perfectos nuestro espíritu, alma y cuerpo.
  - B. Si bien es cierto que Dios nos guarda, también es necesario que nosotros —a fin de ser guardados— asumamos la responsabilidad, que tomemos la iniciativa, de cooperar con Su operación manteniendo nuestro espíritu, alma y cuerpo en la obra de saturación que realiza el Espíritu Santo—vs. 12-24.

- III. A fin de cooperar con Dios y guardar nuestro espíritu en santificación, debemos ejercitar nuestro espíritu de modo que se mantenga en una condición viviente:
- A. A fin de guardar nuestro espíritu, debemos mantenerlo avivado ejercitándolo al tener comunión con Dios; si dejamos de ejercitar nuestro espíritu de esta manera, lo dejaremos sumido en una condición de muerte:
    1. Ejercitamos nuestro espíritu al regocijarnos, al orar y al dar gracias; guardar nuestro espíritu principalmente significa ejercitarlo para que se mantenga viviente y sea plenamente rescatado de la muerte—vs. 16-18.
    2. Debemos cooperar con el Dios que nos santifica y alejarnos de cualquier situación que pueda infundir muerte a nuestro espíritu—cfr. Nm. 6:6-8; 2 Co. 5:4.
    3. Debemos adorar a Dios, servirle y tener comunión con Él en nuestro espíritu y con él; todo cuanto seamos, tengamos y hagamos para Dios, debe estar en nuestro espíritu—Jn. 4:24; Ro. 1:9; Fil. 2:1.
  - B. A fin de guardar nuestro espíritu, debemos guardarlo limpio de toda corrupción y contaminación—2 Co. 7:1.
  - C. A fin de guardar nuestro espíritu, debemos procurar tener una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres—Hch. 24:16; Ro. 9:1; cfr. 8:16.
  - D. A fin de guardar nuestro espíritu, debemos permanecer atentos a nuestro espíritu, poniendo nuestra mente en el espíritu y procurando el reposo de nuestro espíritu—Mal. 2:15-16; Ro. 8:6; 2 Co. 2:13.
- IV. A fin de cooperar con Dios en guardar nuestra alma en santificación, debemos limpiar las tres “arterias” principales de nuestro corazón psicológico, esto es, las partes de nuestra alma, las cuales son: nuestra mente, parte emotiva y voluntad:
- A. A fin de que nuestra alma sea santificada, nuestra mente debe ser renovada al grado en que llegue a ser la mente de Cristo (Ro. 12:2), nuestra parte emotiva debe ser conmovida por el amor de Cristo y saturada del mismo (Ef. 3:17, 19), nuestra voluntad debe ser subyugada por el Cristo resucitado y recibir la impartición de Su persona (Fil. 2:13; cfr. Cnt. 4:4a; 7:4a), y debemos amar al Señor con todo nuestro ser (Mr. 12:30).

- B. A fin de mantener destapadas las tres arterias principales de nuestro corazón psicológico, tenemos que hacer una confesión detallada ante el Señor; debemos pasar tiempo a solas con el Señor, pidiéndole que nos conduzca plenamente a la luz y, a la luz de todo cuanto Él nos vaya mostrando, debemos confesar nuestros defectos, fallas, derrotas, equivocaciones, malas acciones y pecados—1 Jn. 1:5-9:
    1. A fin de destapar la arteria correspondiente a nuestra mente, debemos confesar todo elemento pecaminoso presente en nuestros pensamientos y en nuestra manera de pensar.
    2. A fin de destapar la arteria correspondiente a nuestra voluntad, debemos confesar los gérmenes de rebelión presentes en nuestra voluntad.
    3. A fin de destapar la arteria correspondiente a nuestra parte emotiva, debemos confesar la manera natural, e incluso carnal, en que expresamos nuestro gozo y nuestra tristeza, y también confesar que muy a menudo aborrecemos lo que deberíamos amar y amamos lo que deberíamos aborrecer.
    4. Si dedicamos el tiempo necesario para destapar las tres arterias principales de nuestro corazón psicológico, sentiremos que todo nuestro ser ha sido avivado y que nos encontramos en una condición muy saludable.
- V. A fin de cooperar con Dios en guardar nuestro cuerpo en santificación, debemos presentar nuestro cuerpo a Dios con miras a llevar una vida santa para la vida de iglesia, practicando la vida del Cuerpo a fin de cumplir la perfecta voluntad de Dios—Ro. 12:1-2; 1 Ts. 4:4; 5:18:
- A. Nuestro cuerpo caído, nuestra carne, es el “salón” donde se reúnen Satanás, el pecado y la muerte, pero a causa de la redención de Cristo y debido a que ahora nuestro espíritu regenerado es el “salón” donde se reúnen el Padre, el Hijo y el Espíritu, nuestro cuerpo ha llegado a ser un miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo—Ro. 6:6, 12, 14; 7:11, 24; 1 Co. 6:15, 19.
  - B. Guardar nuestro cuerpo es glorificar a Dios en nuestro cuerpo—v. 20.

- C. Guardar nuestro cuerpo es magnificar a Cristo en nuestro cuerpo—Fil. 1:20.
- D Si nuestro cuerpo ha de ser guardado, no debemos vivir conforme a nuestra alma, el viejo hombre; esto hará que el cuerpo de pecado “pierda su empleo” y quede “desempleado”—Ro. 6:6.
- E. Si nuestro cuerpo ha de ser guardado, no debemos presentar nuestro cuerpo a nada pecaminoso, sino, más bien, presentarnos a nosotros mismos como esclavos a la justicia, y nuestros miembros como armas de justicia—vs. 13, 18-19, 22:
  - 1. “Pues ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; que os abstengáis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa poseer su propio vaso en santificación y honor”—1 Ts. 4:3-4.
  - 2. La razón por la cual las personas se entregan a las pasiones de concupiscencias es que no conocen a Dios—v. 5.
- F. Si nuestro cuerpo ha de ser guardado, debemos golpearlo y ponerlo en servidumbre, a fin de cumplir nuestro propósito santo: llegar a ser la santa ciudad—1 Co. 9:27; Ap. 21:2.

## MENSAJE NUEVE

### SER SANTIFICADOS POR COMPLETO Y GUARDAR PERFECTOS NUESTRO ESPÍRITU, ALMA Y CUERPO

Oración: Señor, te damos gracias por Tu palabra que nos santifica. Te agradecemos por Tu salvación en santificación. Gracias por todo lo que has realizado en nosotros, por lo que vienes realizando y por lo que realizarás. Gracias por esta santificación que abarca nuestra vida entera. Gracias por llamarnos en santificación, por transformarnos en santificación e, incluso, porque habrás de glorificarnos en santificación de modo que lleguemos a ser iguales a Ti. Gracias por llevar a cabo esta obra en nosotros. Oramos pidiéndote que el día de hoy más de Tu obra de santificación sea realizada en nosotros y que forjes Tu vida y naturaleza en nuestro ser a fin de que seamos hechos santos, así como Tú eres santo. Oramos pidiéndote que seamos llenos de Ti hasta ser saturados contigo mismo, a fin de que seamos iguales a Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad. Gracias por estar con nosotros y por darnos pleno acceso a Tu Palabra. Gracias por el ministerio de la era. Señor, ponemos nuestra mirada en Ti a fin de que podamos contemplar la escena divina. Señor, satura todo nuestro ser contigo mismo. Guárdanos plena y perfectamente en nuestro espíritu, alma y cuerpo para Tu venida, Tu parusía. Queremos estar listos para Tu venida. Gracias Señor Jesús. Gracias por Tu recobro. Gracias por Tu Palabra. Gracias por Tu ministerio. Gracias por Tu Espíritu que nos santifica, y gracias por lo que estás realizando en nosotros. ¡Aleluya!

El hermano Lee nos hizo notar algunas características de las epístolas a los tesalonicenses. Mencionaré tres de ellas. En primer lugar, estas epístolas estaban dirigidas a nuevos creyentes. Aunque los destinatarios eran nuevos creyentes, no debemos pensar que el contenido de estas epístolas es simple o superficial. Los temas que ellas tratan son, más bien, temas muy profundos, intrínsecos y orgánicos. En segundo lugar, estas epístolas fueron escritas en un tiempo anterior a la degradación de la iglesia. En ese sentido, podríamos compararlas a la manera en que Dios habló antes de la caída del hombre. Por tanto, se tratan estos

temas sin ser empañados por la degradación de la iglesia. En tercer lugar, tanto los escritores como los lectores de estas epístolas esperaban el inminente retorno del Señor Jesús. El retorno del Señor no era para ellos algo teórico o algo que perteneciera al ámbito de las doctrinas, sino que era algo en lo cual ellos verdaderamente creían y esperaban que sucediera en el curso de sus vidas. Éste es el escenario que sirve de trasfondo para la impartición de algunos cristales maravillosos.

El contenido de estos libros es muy tierno y dulce, es de carácter intrínseco y orgánico, y es bastante completo. En ellos se abarca la totalidad de la vida cristiana: desde el llamamiento de Dios y Su selección en la eternidad pasada, hasta Su glorificación en nuestro ser al regreso de Cristo. Estos libros son también muy prácticos. En 1 Tesalonicenses 1:5 dice: “Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis qué clase de persona fuimos entre vosotros por amor de vosotros”. Pablo vino a los tesalonicenses no solamente con base en ciertas enseñanzas y palabras, sino con base en la clase de persona que él era. Esto nos da a entender que a Dios le preocupa más qué clase de personas somos que lo que hacemos. A Él le importa mucho más nuestra persona que nuestra obra.

En la iglesia nada es más importante que la persona de los creyentes. Este tema ya fue tratado en el mensaje cuatro. En 1 Tesalonicenses 1:9 Pablo se refirió a la clase de entrada que él y los colaboradores tuvieron entre los santos y cómo se condujeron santa, justa e irrepreensiblemente. Pablo predicaba el evangelio de este modo. Por medio de su visitación a los tesalonicenses, por medio de su presencia entre ellos, fue que las buenas nuevas llegaron a Tesalónica. Antes que Pablo llegara a esa ciudad, todo allí era malas noticias; pero simplemente por su venida, por su presencia, las buenas nuevas llegaron a Tesalónica. ¿Podrían otros afirmar lo mismo de nosotros? La nota 1 de 1 Tesalonicenses 1:5 en la Versión Recobro dice: “Los apóstoles no sólo predicaban el evangelio, sino que también lo vivían. Ministraban el evangelio no sólo en palabras, sino también con una vida que exhibía el poder de Dios, una vida en el Espíritu Santo y en la certidumbre de su fe. Ellos eran el modelo de las buenas noticias que divulgaban”. El evangelio que ellos ministraban consistía en la manera en que se comportaban, la manera en que hablaban y la manera en que se expresaba su propia persona.

En 2 Corintios 4 se nos habla sobre el ministerio y los ministros del nuevo pacto. El ministerio y los ministros son uno. Ciertamente

podimos ver esto en el ejemplo y modelo dejado por nuestro hermano Lee. Él no solamente nos transmitió el ministerio del Nuevo Testamento, sino que él mismo llevó la vida del Dios-hombre, una vida que puso de manifiesto que él era uno con el ministerio del Nuevo Testamento. El cuarto capítulo de 2 Corintios comienza con las palabras: “Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no nos desanimamos” (v. 1). Y casi al final de este capítulo, Pablo nos dice: “Por tanto, no nos desanimamos; antes aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día” (v. 16). Es decir, tanto la experiencia del ministro como el ministerio en sí eran motivo para que los apóstoles no se desanimaran. En el *Estudio-vida de 2 Corintios* el hermano Lee dice:

El hecho de que los ministros y el ministerio son uno, se comprueba plenamente en 2 Corintios 4. En este capítulo Pablo indica claramente que el ministerio es exactamente lo que son los ministros del nuevo pacto. De hecho, los ministros del capítulo 4 no laboran; ellos simplemente viven. Por tanto, su vivir es su laborar. Aparte de su vivir, no necesitan realizar ninguna obra, pues su vida es su obra, su ministerio. Su ser, su persona, es realmente el ministerio. Lo que cuenta en el ministerio del nuevo pacto es lo que los ministros del nuevo pacto son con respecto a su vivir y a su persona. (pág. 269)

En 1 y 2 Tesalonicenses hay varios versículos que muestran claramente que el ministerio y el ministro son uno. En 1 Tesalonicenses 2:1 dice: “Porque vosotros mismos sabéis, hermanos, que nuestra entrada entre vosotros no resultó vana”. Después, el versículo 10 dice: “Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irrepreensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes”. Y el versículo 12 añade: “A fin de que anduviéseris como es digno de Dios, que os llama a Su reino y gloria”. Después, en 4:1 dice: “Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús, que, según lo que de nosotros habéis recibido acerca del modo en que debéis andar y agradar a Dios, como en efecto andáis, así abundéis más y más”. Estos versículos nos hablan de andar como es digno de Dios, de una conducta que es santa, justa e irrepreensible, de la manera de vivir que corresponde a una nueva clase de hombre. Esta clase de persona es plenamente humana pero, al mismo tiempo, es plenamente divina. Ellos son cien por cien “tesalonicenses”, pero también están, cien por

cien, en Dios Padre y en el Señor Jesucristo. Ellos conforman una incorporación divino-humana.

El propio Señor Jesús fue el primero en vivir de este modo, el primero en comportarse de esta forma y manifestar esta manera de vivir. Él fue la primera persona que llevó semejante vida, dedicando treinta años a mostrar de qué manera Dios vive aquí en la tierra. Él estableció el primer modelo mediante Su muerte y resurrección. Él fue el primero de una nueva especie, una especie que comparte con Él Su misma vida y naturaleza. Quienes pertenecen a esta especie son personas que andan, viven y se conducen de ese mismo modo. En 1 y 2 Tesalonicenses no vemos una teoría, una doctrina, una actuación externa o una obra. En lugar de ello, vemos una persona, una manera de ser y de vivir. Estos no son libros de meras enseñanzas, aunque contengan muchas verdades elevadas y profundas. Estos libros nos muestran cómo vive una persona. Pablo y los otros apóstoles llevaron la vida del Dios-hombre, una vida en la que se pone de manifiesto que ellos son cien por cien Dios y cien por cien hombres.

También tenemos que reflexionar sobre la manera en que esta clase de vida se hizo realidad. El apóstol Juan, tanto en su Evangelio como en sus epístolas, hizo gran hincapié en el asunto de la regeneración. Juan 1:12 dice: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. Y 3:6 afirma: “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”. En 1 Juan 3:9 se declara: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado”. Es por medio del nacimiento divino que nosotros podemos llevar una vida que agrada a Dios. En 2 Corintios se nos dice que esta vida santa, este vivir que corresponde a Dios-hombres, se produce mediante la transformación (3:18). A medida que somos transformados de gloria en gloria y nuestro hombre exterior se va desgastando (4:16), nuestro hombre interior se renueva de día en día; por tanto, poseemos la capacidad para llevar una vida que agrada a Dios.

El tema que 1 y 2 Tesalonicenses recalca es el de la santificación, no el de la regeneración ni el de la transformación. Aunque Juan en su ministerio recalca el asunto de la regeneración, éste es un tema que abarca el espectro completo de la salvación que Dios efectúa. Asimismo, cuando Pablo aborda el tema de la transformación, él abarca el espectro completo de la salvación que Dios efectúa. De la misma manera, cuando Pablo se dirige a los creyentes de Tesalónica para hablarles sobre la santificación, él no aborda este tema de una manera

restringida o confinada a un solo aspecto de la salvación; más bien, él aborda este tema de manera tal que abarca el espectro entero, el panorama completo, de la salvación que Dios efectúa.

Quisiera hacerles notar unos cuantos versículos de 1 y 2 Tesalonicenses que nos revelan algo sobre el tema de la santificación. En 1 Tesalonicenses 2:12 dice: “A fin de que anduvieses como es digno de Dios, que os llama a Su reino y gloria”, y el versículo 10 define en qué consiste esta manera de andar “como es digno de Dios” cuando dice: “Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irreprochablemente nos comportamos con vosotros los creyentes”. Así pues, andar como es digno de Dios es andar de una manera que es santa, justa e irreprochable. Después, 3:13 dice: “Para afirmar vuestros corazones irreprochables en santidad delante de nuestro Dios y Padre, en la venida de nuestro Señor Jesús con todos Sus santos”, y 4:3 dice: “Pues ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; que os abstengáis de fornicación”. En el capítulo 3 se nos habla del corazón, y en el capítulo 4 se nos habla del cuerpo. El corazón es el delegado, mientras que el cuerpo es el que manifiesta externamente las acciones. El versículo 4 dice: “Que cada uno de vosotros sepa poseer su propio vaso en santificación y honor”, y en 5:23 dice: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y vuestro espíritu y vuestra alma y vuestro cuerpo sean guardados perfectos e irreprochables para la venida de nuestro Señor Jesucristo”. En 2 Tesalonicenses 2:13 dice: “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación en santificación por el Espíritu y en la fe en la verdad”.

En estos pocos versículos se halla el tema principal de 1 y 2 Tesalonicenses, a saber: una vida santa para la vida de iglesia. Una vida santa es una vida que se santifica en beneficio de la vida de iglesia. La santificación es algo que abarca el curso completo de nuestra experiencia de la salvación que Dios efectúa, desde que somos elegidos hasta que Cristo es plenamente glorificado en nosotros.

En 1 Tesalonicenses 4:7 dice: “Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino en santificación”. La santificación es como una caja; nosotros estamos siendo “encajonados” en Dios. El día que Dios nos llamó, Él nos separó de todo lo que es común, de todo lo que no es Dios mismo. Los maestros de la Asamblea de los Hermanos, que surgieron en el siglo XIX, entendieron que la santificación significa separación en relación con nuestra posición delante de Dios. Esto es

correcto, pero hay mucho más. Cuando somos santificados, no solamente nos separamos *de* algo, sino que, además, somos introducidos *en* algo. No solamente nos sacan de la caja en la que estábamos, sino que somos introducidos en otra caja, la cual es Dios mismo. Este proceso de ser introducidos en Dios continúa en el presente. Día a día somos introducidos en Dios cada vez más. Por ende, se trata de un proceso continuo. Es como el proceso que se desarrolla a lo largo de una línea de ensamblado, lo cual indica que estamos siendo “envueltos”. En cada entrenamiento somos “envueltos” un poco más, y la “envoltura” es simplemente Dios mismo. Así pues, en estos mensajes sobre la santificación el énfasis recae en la santificación de nuestro mismo ser, de nuestra manera de ser, dentro del proceso de la salvación orgánica que Dios efectúa, y no en la santificación relacionada con nuestra posición delante de Dios, la cual nos habla mayormente de la separación en términos objetivos de todo lo que no es Dios.

**DIOS NO SÓLO NOS HA HECHO SANTOS EN CUANTO  
A NUESTRA POSICIÓN MEDIANTE LA SANGRE REDENTORA DE CRISTO,  
CON MIRAS A APARTARNOS PARA ÉL EN EL CONTEXTO  
DE SU REDENCIÓN JURÍDICA, SINO QUE ADEMÁS NOS SANTIFICA  
EN CUANTO A NUESTRO MODO DE SER MEDIANTE  
SU NATURALEZA SANTA, CON MIRAS A SATURARNOS DE ÉL MISMO  
EN EL CONTEXTO DE SU SALVACIÓN ORGÁNICA**

Dios no sólo nos ha hecho santos en cuanto a nuestra posición mediante la sangre redentora de Cristo, con miras a apartarnos para Él en el contexto de Su redención jurídica, sino que además nos santifica en cuanto a nuestro modo de ser mediante Su naturaleza santa, con miras a saturarnos de Él mismo en el contexto de Su salvación orgánica (He. 13:12; 10:29; Ro. 6:19, 22; Ef. 5:26). Dios nos hizo santos mediante la sangre redentora de Cristo, apartándonos para Sí mismo en el contexto de Su redención jurídica. Dios ahora nos santifica, no solamente haciéndonos santos en relación con nuestra posición delante de Él, sino también en relación con nuestro modo de ser, lo cual es realizado mediante Su propia naturaleza santa. Así, en la salvación orgánica que Dios efectúa, somos saturados de Dios mismo y no solamente apartados para Él en el contexto de Su redención jurídica. Por tanto, debemos darle mucha más importancia a la santificación de nuestro modo de ser, la cual se halla estrechamente vinculada a que Dios mismo, en Su naturaleza, es añadido a nuestro ser.

La santificación se refiere al proceso de ser hechos santos; esto es

distinto de la santidad. La *santidad* se refiere a la naturaleza, la cualidad, de ser santos, mientras que la *santificación* se refiere al proceso, la experiencia, que consiste en ser hechos santos. La santificación es el proceso gradual mediante el cual Dios es añadido a nosotros. En este universo hay solo uno que es santo: Dios mismo. La santificación significa que Aquel que es el Santificado, el Santo, es continuamente añadido a nuestro ser. Refiriéndose a este proceso y a manera de ilustración, el hermano Lee nos habló de cómo el agua se convierte en té. Cuando el té es puesto dentro del agua, gradualmente, el té se mezcla con el agua hasta saturarla, consiguiendo así que el agua sea “teificada”. Lo mismo ocurre en el proceso de la santificación: Dios, el Santo (el té), se añade constantemente a nuestro ser (el agua), de tal modo que nosotros somos partícipes de Su naturaleza santa y tenemos parte en la misma hasta que llegamos a ser iguales a Él en vida y naturaleza. Así pues, la santificación es la “teificación”, la santificación es “Cristificación” y la santificación es deificación.

Efesios 1:13-14 dice: “En Él también vosotros, habiendo oído la palabra de la verdad, el evangelio de vuestra salvación, y en Él habiendo creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia, hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de Su gloria”. El Espíritu Santo es el Espíritu santificador que nos sella hasta el día de la redención. Este proceso comienza con la regeneración y continúa hasta el día de la redención. Este Espíritu santificador nos sella; es como la tinta de un sello que jamás se seca, con lo cual queremos decir que fluye y se propaga incesantemente. Por tanto, la santificación no es un asunto que suceda de una vez por todas; más bien, es un proceso que continúa durante toda nuestra vida.

Efesios 5:26-27 dice: “Para santificarla, purificándola por el lavamiento del agua en la palabra, a fin de presentársela a Sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin defecto”. Estos versículos nos dan a entender que la iglesia es santificada por el lavamiento del agua en la palabra a fin de ser preparada como la novia de Cristo para Su venida. Hebreos 12:14 dice: “Seguid la paz con todos, y la santificación, sin la cual nadie verá al Señor”. Son muchos los cristianos que se emocionan al tratar el tema de la venida del Señor, pero antes que el Señor retorne, Él tiene que obtener un grupo de personas que han sido completamente santificadas. Sin santificación, ninguno puede ver a Dios. En 1 Tesalonicenses 5:23 Pablo dice que es necesario que nosotros seamos guardados perfectos e irrepreensibles para la venida (parusía) de nuestro Señor Jesucristo. La

santificación nos prepara y alista para la venida (parusía) del Señor a fin de poder ser Su novia.

**La santificación que Dios efectúa  
con respecto a nuestro modo de ser,  
la cual se realiza en nuestro espíritu, alma y cuerpo,  
consiste en “hijificarnos”,  
de modo que alcancemos la madurez como hijos de Dios  
y seamos hechos iguales a Dios en vida y en naturaleza,  
mas no en la Deidad, a fin de ser la expresión de Dios**

La santificación que Dios efectúa con respecto a nuestro modo de ser, la cual se realiza en nuestro espíritu, alma y cuerpo, consiste en “hijificarnos”, de modo que alcancemos la madurez como hijos de Dios y seamos hechos iguales a Dios en vida y en naturaleza, mas no en la Deidad, a fin de ser la expresión de Dios (Ef. 1:4-5; He. 2:10-11). Otra definición de santificación es que ella consiste en que somos “hijificados”, es decir, hechos plenamente hijos de Dios. Ser “hijificados” no es otra cosa que ser “teificados”, ser “Cristificados”, ser deificados. Todos estos términos se refieren al proceso mediante el cual más de Dios se añade a nuestro ser. Fuimos escogidos para ser santos (Ef. 1:4-5) y fuimos predestinados para filiación. Ser hechos santos es el proceso, el procedimiento, mientras que llegar a ser plenamente hijos de Dios, poseedores de la filiación divina en toda su plenitud, es el objetivo, la meta. La santificación es el proceso mediante el cual somos “hijificados”.

Una definición adicional de la santificación es que ella constituye la línea sustentadora en la realización de la economía divina. ¿Qué es lo que da cohesión y sustenta todos los aspectos de la salvación completa que Dios efectúa? La santificación constituye la línea sustentadora en la realización de la economía divina. Podemos percatarnos de esto al considerar dos pasajes de la Palabra de Dios. Efesios 1:4-5 dice: “Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor, predestinándonos para filiación por medio de Jesucristo para Sí mismo, según el beneplácito de Su voluntad”, y Hebreos 2:10-11 dice: “Porque convenía a Aquel para quien y por quien son todas las cosas, que al llevar muchos hijos a la gloria perfeccionase por los sufrimientos al Autor de la salvación de ellos. Porque todos, así el que santifica como los que son santificados, de uno son; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos”. Estos versículos nos muestran que la santificación abarca desde la fundación

del mundo hasta la consumación de la economía de Dios, la cual se manifiesta en la glorificación. Así pues, la santificación abarca todas nuestras experiencias espirituales, desde nuestro arrepentimiento hasta nuestra glorificación. La santificación está presente a través de la regeneración, la renovación, la transformación, el ser conformados a la imagen del Hijo y la redención de nuestro cuerpo. En este período temporal que es como un puente que va desde la eternidad hasta la eternidad, Dios nos santifica incesantemente, nos “hijifica”, nos hace plenamente hijos de Dios, a fin de que lleguemos a ser iguales a Dios en vida y naturaleza, aunque no en la Deidad, para que podamos ser la expresión de Dios.

**Al santificarnos, Dios transforma la esencia misma  
de nuestro espíritu, alma y cuerpo,  
de modo que, en naturaleza,  
seamos hechos completamente iguales a Él;  
así, Él guarda perfectos nuestro espíritu, alma y cuerpo**

Al santificarnos, Dios transforma la esencia misma de nuestro espíritu, alma y cuerpo, de modo que, en naturaleza, seamos hechos completamente iguales a Él; así, Él guarda perfectos nuestro espíritu, alma y cuerpo. La pieza central de este mensaje es 1 Tesalonicenses 5:23. Este versículo menciona “vuestro espíritu y vuestra alma y vuestro cuerpo”. Estas tres partes, al ser mencionadas, son unidas mediante la conjunción “y”, lo cual indica que las tres partes son distintas entre sí. El espíritu es distinto del alma, y el alma es distinta del cuerpo. El hombre es un ser tripartito, compuesto de espíritu, alma y cuerpo. La santificación comienza en nuestro espíritu mediante nuestra regeneración, continúa en nuestra alma mediante nuestra transformación, y concluye o alcanza su consumación en nuestro cuerpo mediante nuestra glorificación. Cuando Dios glorifique nuestro cuerpo, ello constituirá la etapa en la cual Su obra de santificación alcanzará su consumación en nosotros.

Tuve el privilegio de leer los primeros tomos de la colección titulada: *The Collected Works of Witness Lee* [Recopilación de las obras de Witness Lee]. Estos tomos presentan el ministerio del hermano Lee durante los años sesenta, cuando vino a los Estados Unidos. Una de sus principales preocupaciones fue la de mostrar a las personas la diferencia que existe entre el espíritu y el alma. El espíritu es el espíritu, y el alma es el alma. Muchos de nosotros podemos testificar que si no fuera

por este ministerio, no seríamos partícipes del recobro del Señor. Mediante el ministerio en el recobro del Señor, nosotros hemos descubierto nuestro espíritu humano; pudimos darnos cuenta de que tenemos un espíritu. ¡Damos gracias a Dios que nos está santificando completamente en nuestro espíritu, alma y cuerpo! El hombre se compone de espíritu, alma y cuerpo. El espíritu no es lo mismo que el alma, y el alma no es lo mismo que el espíritu. Así como nuestro corazón físico es distinto de nuestros pulmones, y los pulmones difieren del corazón, del mismo modo, el espíritu es diferente del alma, y el alma del espíritu.

El hombre es un ser tripartito con un espíritu, un alma y un cuerpo. El cuerpo es la parte externa que se relaciona con el mundo físico, el mundo de la materia. El alma, nuestra psique, está en el interior y con ella nos relacionamos con el mundo psicológico. La parte más profunda del hombre es su espíritu, el cual es el órgano creado por Dios con el propósito de que podamos relacionarnos con Dios. Reitero, el espíritu no es igual al alma, ni el alma igual al espíritu. Supongamos que usted visita un país y no sabe si al manejar su vehículo debe conservar la derecha o izquierda; cuando comience a manejar en las autopistas de dicho lugar, de inmediato se verá en problemas. De igual manera, si usted no sabe distinguir el espíritu del alma, cuando comience a “manejar” se verá en problemas.

Algunos han dicho que el espíritu y el alma son la misma cosa pues están juntos en este versículo. Esto es semejante a afirmar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son lo mismo debido a que aparecen juntos en un mismo versículo (Mt. 28:19). ¿Acaso estos tres nombres son meros sinónimos? ¡Por supuesto que no! El hecho de que el espíritu y el alma sean mencionados uno junto al otro no quiere decir que sean sinónimos. El alma es el alma, y el espíritu es el espíritu. Por ejemplo, Jacobo 3:15 dice: “Porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, anímica, demoníaca”. Si “anímica” es lo mismo que “espiritual”, entonces este versículo estaría diciendo que algo espiritual es demoníaco. Esto no tiene ninguna lógica. Otro ejemplo más convincente aún es Judas 19, que dice: “Estos son los que causan divisiones; los anímicos, que no tienen espíritu”. Si “anímicos” es lo mismo que “espirituales”, esto equivale a afirmar que, según este versículo, los que causan divisiones son los espirituales, que no tienen espíritu. Esto también es completamente ridículo.

Dios creó al hombre del polvo de la tierra, y le formó un cuerpo.

Después, el Todopoderoso insufló en él el aliento de vida, con lo cual el hombre llegó a ser un alma viviente. El lugar central del ser del hombre lo ocupa su espíritu. Después de la creación, el hombre cayó. Ello hizo que su cuerpo fuese arruinado, que su alma se contaminara y que su espíritu quedara sumido en una condición de muerte. Ésta es la situación en la que se encuentra el hombre caído. Efesios 4:17-19 dice: “Esto, pues, digo y testifico en el Señor: que ya no andéis como los gentiles, que todavía andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos a la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para comer con avidez toda clase de impureza”. La humanidad caída anda en la vanidad de su mente (v. 17); tiene el entendimiento entenebrecido y el corazón endurecido (v. 18); ha perdido la sensibilidad de su conciencia, la cual forma parte de su espíritu; y ha entregado su cuerpo a la lascivia en impureza y avidez (v. 19). Éste es un cuadro del hombre tripartito después de la caída.

¡Alabado sea el Señor por Su obra de santificación! Cuando Él nos santifica, primero nos regenera en nuestro espíritu para luego dar inicio a Su obra de transformación de nuestra alma, cambiándonos de un estado a otro al añadirle nuevos elementos. Nuestra alma, que fue creada por Dios pero que ahora está contaminada, es transformada por el Señor a medida que Él mismo se añade a nuestro ser. En 2 Corintios 4:16 dice: “Por tanto, no nos desanimamos; antes aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día”.

La nota 1 de 2 Corintios 4:16 en la Versión Recobro, refiriéndose a las expresiones “el hombre exterior” y “el hombre interior”, dice:

El hombre exterior se compone del cuerpo como su órgano físico y del alma como su vida y persona. El hombre interior consta del espíritu regenerado como su vida y persona, y del alma renovada como su órgano. La vida del alma debe ser negada (Mt. 16:24-25), pero las facultades del alma, es decir, la mente, la parte emotiva y la voluntad, deben ser renovadas y llevadas a un nivel más alto al ser sometidas (2 Co. 10:4-5), con el fin de que el espíritu, la persona del hombre interior, pueda usarlas.

La nota 2 referida a “desgastando” dice:

Por el efecto continuo, o sea, la operación, de la muerte,

nuestro hombre exterior, es decir, nuestro cuerpo material con su alma, de la cual procede su vigor (véase 1 Corintios 15:44 y la nota), se va consumiendo y desgastando.

La nota 3 sobre “se renueva” dice:

Al ser nutrido con el suministro fresco de la vida de resurrección. Mientras nuestro cuerpo mortal, nuestro hombre exterior, está siendo consumido por la operación de la muerte, nuestro hombre interior, es decir, nuestro espíritu regenerado, junto con las partes internas de nuestro ser (Jer. 31:33; He. 8:10; Ro. 7:22, 25), de día en día está siendo renovado metabólicamente con el suministro de la vida de resurrección.

El hombre exterior está compuesto por el cuerpo más el alma, y el hombre interior está compuesto por el espíritu y el alma renovada. El hombre exterior decae continuamente, se va desgastando, debido a que el alma es la persona de dicho hombre exterior. Así pues, el hombre exterior deberá ser quebrantado por completo. El hombre interior todavía se vale del alma, pero ahora el alma es usada como un órgano y como un vaso, mientras que el espíritu es la persona. Al efectuar Su obra de transformación, Dios cambia nuestra mente, emoción y voluntad, transfiriéndolos de la vieja creación a la nueva creación al añadirse Él mismo a nuestro ser. Él nos transforma en términos de la esencia misma de nuestro espíritu, alma y cuerpo, haciéndonos santos como Él en vida y naturaleza. De este modo, Él guarda para Sí nuestro espíritu, alma y cuerpo. Así pues, el propósito de Dios no solamente consiste en que perseveremos hasta el final, sino en que nosotros mismos seamos guardados hasta el final. Él no solamente anhela que nosotros seamos completamente libres de pecado y de toda falta, sino también que seamos completamente guardados, en el sentido de estar completamente bien, rebosantes de vigor y salud. Es una cosa no estar enfermos, pero es otra cosa muy distinta estar saludables. No estar enfermos es apenas el comienzo; debemos estar saludables. El propósito de Dios no es solamente que lleguemos a aquel punto de partida, el de no estar enfermos, sino que Él desea guardarnos perfectos para la venida del Señor Jesús.

**DIOS NO SÓLO NOS SANTIFICA POR COMPLETO, SINO QUE ADEMÁS GUARDA PERFECTOS NUESTRO ESPÍRITU, ALMA Y CUERPO**

Dios no sólo nos santifica por completo, sino que además guarda

perfectos nuestro espíritu, alma y cuerpo. Dios realiza en nosotros una obra cabal y completa. Mediante la caída llegamos a sumirnos en completa degradación. Ahora Dios, en Su obra de salvación, nos santifica por completo. Aquí *por completo* significa enteramente, absolutamente y cabalmente hasta la consumación.

En 1 Tesalonicenses 3:13 dice que Dios habrá de “afirmar vuestros corazones irreprochables en santidad”; por ende, se habla de ser santificados en nuestro corazón. Después, en 4:3-4 dice: “Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; que os abstengáis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa poseer su propio vaso en santificación y honor”. Esto se refiere a la santificación en nuestro cuerpo. Y el versículo 23 del capítulo cinco concluye este asunto de la santificación diciendo: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y vuestro espíritu y vuestra alma y vuestro cuerpo sean guardados perfectos e irreprochables para la venida de nuestro Señor Jesucristo”. Esto hace referencia a la santificación de todo nuestro ser. En resumen, el tercer capítulo de 1 Tesalonicenses nos habla de la santificación de nuestro corazón, el cuarto capítulo de esta misma epístola nos habla de la santificación de nuestro cuerpo y, finalmente, el quinto capítulo nos habla de la santificación de todo nuestro ser.

**En términos cuantitativos, Dios nos santifica por completo; en términos cualitativos, Dios nos guarda perfectos; es decir, Él guarda perfectos nuestro espíritu, alma y cuerpo**

En términos cuantitativos, Dios nos santifica por completo; en términos cualitativos, Dios nos guarda perfectos; es decir, Él guarda perfectos nuestro espíritu, alma y cuerpo. En 1 Tesalonicenses 5:23 la expresión *por completo* hace referencia a la cantidad, pero la palabra *perfectos* hace referencia a la calidad. Aquel se refiere a la extensión en la cual Dios desea santificarnos, y éste se refiere al grado en el cual Dios santificará nuestro espíritu, alma y cuerpo. Al hacer todo esto, Dios guarda perfectos, no solo irreprochables, nuestro espíritu, alma y cuerpo. Irreprochables, en este caso, significa estar libre de enfermedades, defectos o problemas; pero perfectos significa mucho más. Dios nos santifica al hacer perfectos nuestro espíritu, alma y cuerpo. Esto quiere decir que Dios nos somete a un régimen de salud divina. Quienes somos partícipes del recobro del Señor no procuramos sanidad divina, sino que procuramos salud divina. Queremos ser plenamente saludables en nuestro espíritu, nuestra alma y nuestro cuerpo.

**Si bien es cierto que Dios nos guarda,  
también es necesario que nosotros  
—a fin de ser guardados— asumamos la responsabilidad,  
que tomemos la iniciativa, de cooperar con Su operación  
manteniendo nuestro espíritu, alma y cuerpo  
en la obra de saturación que realiza el Espíritu Santo**

Si bien es cierto que Dios nos guarda, también es necesario que nosotros —a fin de ser guardados— asumamos la responsabilidad, que tomemos la iniciativa, de cooperar con Su operación manteniendo nuestro espíritu, alma y cuerpo en la obra de saturación que realiza el Espíritu Santo (vs. 12-24). En 1 Tesalonicenses 5:16-18 dice: “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús para con vosotros”. Estas palabras son muy sencillas, pero son muy difíciles de poner en práctica. He descubierto la voluntad de Dios para mi vida. Ella consiste en que siempre me regocije y ore sin cesar. Esto quiere decir orar al respirar, o sea, ofrecer aquella oración mediante la cual respiramos espiritualmente, pues es imposible orar incesantemente por medio del ayuno. Si usted lo intenta, morirá. No es posible orar sin cesar encerrándose en un armario, pues uno se asfixiaría. La única manera de orar sin cesar es al respirar: “¡Oh, Señor Jesús! ¡Señor Jesús!”. Éste es el mejor programa de optimización de nuestra salud. Debemos mantenernos bajo este excelente régimen de salud, y ello hará que tengamos un espíritu vital, vigoroso y fuerte.

Éstas son las cosas que debemos hacer, pues ello es la voluntad de Dios en Cristo Jesús para nosotros. Si nosotros hacemos estas cosas, Dios hará Su parte; Dios operará en nosotros. Él opera, y nosotros cooperamos. La operación de Dios consiste en santificarnos por completo haciendo perfectos e irreprochables nuestro espíritu, alma y cuerpo. Ésta es la parte que le corresponde a Dios. No podemos santificarnos a nosotros mismos, pero de nuestra parte, tenemos que cooperar con Dios. Algunos tienen conceptos divergentes respecto a la santificación. Hay quienes piensan que si maltratan su cuerpo o si se refugian en algún sitio apartado y se esconden allí podrán librarse de la contaminación de este mundo. Ellos piensan que, entonces, serán santificados. Pero la santificación no consiste en esto. La santificación consiste en ser llenos de Dios mismo hasta que Él sature todo nuestro

ser. La santificación se realiza mediante nuestra cooperación con la operación de Dios.

Las dos epístolas a los tesalonicenses fueron escritas por Pablo al inicio de su ministerio, mientras que su epístola a los filipenses fue escrita en las postrimerías de su ministerio. Entre ésta y aquellas existe una diferencia de unos diez años. Pero el contenido de estos libros es prácticamente el mismo. En 1 Tesalonicenses dice: “Estad siempre gozosos” (5:16), y en Filipenses dice: “Regocijaos en el Señor siempre” (4:4). En 1 Tesalonicenses Pablo nos dice: “Orad sin cesar” (5:17), y en Filipenses nos dice: “Por nada estéis afanosos, sino en toda ocasión sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios por medio de oración y súplica, con acción de gracias” (4:6). En 1 Tesalonicenses Pablo dice: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo” (5:23), y en Filipenses: “Y la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones” (4:7). ¡Qué maravilloso!

El secreto de la vida cristiana es regocijarse siempre. Recientemente, estuve gravemente enfermo y recibí muchos consejos. Doy gracias a los santos por todos los consejos que me dieron; pero mi descubrimiento más importante al luchar contra mi enfermedad fue que es crucial fortalecer nuestro sistema inmunológico. Sin embargo, la manera de fortalecer nuestro sistema inmunológico es un tanto compleja. Se me dijo que tenía que regocijarme y no estar afanado. De improviso, una virtud se convirtió en un mandamiento, una exigencia. Cuanto más trataba de regocijarme, más ansioso estaba con respecto a mi ansiedad. Finalmente tuve que exclamar: “¡Oh Señor! Haz que me regocije. ¡Ayúdame Señor!”.

En el mensaje 62 del *Estudio-vida de Filipenses*, el hermano Lee dice:

Cuanto más practiquemos el ser uno con el Señor, más descubriremos que Su destino es nuestro destino. Si Él quiere que vivamos más tiempo en la tierra, Él permitirá que conservemos la vida; pero si Su deseo es que vayamos a Él, entonces nos tomará y nos llevará a Sí mismo. Ya que todo depende de Su voluntad y somos uno con Él de una manera práctica, no tenemos por qué afanarnos.

Cuando no estamos en el Señor, nos afanamos por cualquier cosa, pues todo lo que atañe a la vida humana produce ansiedad en nosotros. Pero cuando somos uno

con el Señor, somos liberados de la vida humana natural y de su ansiedad.

Hace unos meses tuve un problema de salud y me sentí perturbado por ello. Entonces vino el Señor a mí y me preguntó si verdaderamente era uno con Él. Después que le respondí que sí, Él pareció decirme: “Puesto que eres uno conmigo, no debes preocuparte por tu salud”. (págs. 547-548)

Agradezco a todos los santos por sus oraciones. Fue de mucho aliento para nosotros que las iglesias y los santos oraran por mi familia, por mi esposa y por mí mismo. Ciertamente esto es algo por lo cual debemos regocijarnos. En este mismo mensaje del *Estudio-vida de Filipenses* se nos insta a practicar cuatro cosas: (1) ser uno con el Señor, (2) orar con acción de gracias, (3) aceptar la voluntad de Dios, y (4) vivir a Cristo. La voluntad de Dios para su vida es que usted se regocije siempre, ore sin cesar y en todo dé gracias. Agradezcamos al Señor por nuestro entorno y circunstancias, por nuestra salud, por nuestro cónyuge, por nuestro hijos, por la vida de iglesia y por nuestros ancianos.

En nuestra experiencia cristiana, orar es disfrutar de comunión con el Señor así como adorarlo. Esto es orar sin cesar. Jamás había tenido la oportunidad de orar tanto como en estos últimos diez meses. Fue una experiencia muy dulce y preciosa. Me hizo recordar la experiencia que tuvo el hermano Lee durante aquel período de tiempo en el que todas las mañanas él subía a un monte a orar y presentarse delante del Señor. Él dijo que el Señor le lavaba y limpiaba todos los días. Tenemos que orar sin cesar y disfrutar de comunión con Él. Diariamente tenemos que dedicar un tiempo para acudir al Señor, disfrutar de comunión con Él y adorarlo. Tanto nuestra oración como nuestras peticiones deberán estar acompañadas con acción de gracias dirigidas al Señor. Nuevamente, en el mensaje 62 del *Estudio-vida de Filipenses* el hermano Lee dice:

Hace poco tuve que aprender nuevamente la lección de darle siempre gracias al Señor. Cuando le pedí al Señor que restableciera mi salud, Él me reprendió por no agradecerle por la medida de salud que aún tenía. Cuando estemos enfermos, debemos decir: “Señor, te doy gracias porque al menos en cierta medida, todavía tengo salud. Señor, estoy enfermo, pero no al grado de no poder ministrar Cristo a los santos. Pero Tú sabes que no estoy completamente saludable. Por tanto, te ruego que restablezcas mi salud”. (p. 550)

El 31 de diciembre del 2004 los santos estaban reunidos disfrutando al Señor en una reunión especial, y mi esposa asistió a dicha reunión. Yo sabía que al mismo tiempo el entrenamiento estaba siendo llevado a cabo aquí en los Estados Unidos, y me encontraba solo en mi apartamento. Comencé a sentir lástima de mí mismo. De inmediato, algo surgió en mi ser y me dije: “¿Por qué no empiezas a agradecer al Señor por todas las cosas?”. Muchas veces, en el Lejano Oriente, los hermanos acostumbran congregarse a toda la iglesia el fin de año para tener un tiempo de acción de gracias y de testimonios. Así que yo también comencé a dar gracias al Señor. En primer lugar, agradecí al Señor por haberme salvado, por haberme dado Su vida y por ser mi Salvador. En segundo lugar, le agradecí por habernos dado Su recobro. En tercer lugar, le dije: “Señor, gracias por habernos dado el ministerio de la era”. En cuarto lugar, le dije: “Señor, gracias que hay muchos que siguen el ministerio de la era y hay muchos que sirven dicho ministerio”. ¡Esto es tan maravilloso! Quinto, le dije: “Señor, gracias por tantas iglesias y tantos santos sobre la faz de la tierra que actualmente aman Tu recobro”. En sexto lugar, le dije: “Señor gracias por haber permitido que me enfermara a fin de que me detuviera, a fin de que pudiese descansar y ser perfeccionado por Ti”. Por último, le dije: “Señor, gracias que aunque me encuentro enfermo, no estoy enfermo al grado de encontrarme en estado vegetativo y todavía puedo respirar, puedo hablar, puedo disfrutar de comunión con los santos y”, como dijo el hermano Lee, “todavía puedo ministrar Cristo a los demás”. “Señor, gracias por eso”. Después que agradecí al Señor por esas siete cosas, fui lleno del Señor y mi espíritu fue fortalecido. Yo sé que si me mantengo dando gracias al Señor de ese modo, mi sistema inmunológico será fortalecido notablemente. En todo debemos dar gracias.

**A FIN DE COOPERAR CON DIOS Y GUARDAR NUESTRO ESPÍRITU EN SANTIFICACIÓN, DEBEMOS EJERCITAR NUESTRO ESPÍRITU DE MODO QUE SE MANTENGA EN UNA CONDICIÓN VIVIENTE**

**A fin de guardar nuestro espíritu, debemos mantenerlo avivado ejercitándolo al tener comunión con Dios; si dejamos de ejercitar nuestro espíritu de esta manera, lo dejaremos sumido en una condición de muerte**

A fin de cooperar con Dios y guardar nuestro espíritu en santificación, debemos ejercitar nuestro espíritu de modo que se mantenga en una condición viviente. A fin de guardar nuestro espíritu, debemos

mantenerlo avivado ejercitándolo al tener comunión con Dios; si dejamos de ejercitar nuestro espíritu de esta manera, lo dejaremos sumido en una condición de muerte. La mejor manera de ejercitar nuestro espíritu es disfrutar de comunión con Dios, invocarle y orar incesantemente. En 1 Tesalonicenses 5:19 dice: “No apaguéis el Espíritu”. No debemos apagar el Espíritu; en lugar de ello, debemos invocar Su nombre y disfrutar de comunión con Él. ¡Es tan precioso poder disfrutar de comunión con el Señor! Cuando disfrutamos de comunión con Él, nuestro espíritu es avivado y lo mantenemos lleno de vida y alejado de cualquier condición en que la muerte pueda afectarlo. El versículo 19 no nos dice que despertemos nuestro espíritu; más bien, dice: “No apaguéis el Espíritu”. Esto se debe a que la condición normal del Espíritu es la de estar encendido y ardiente. Simplemente no debemos apagarlo. Debemos mantenerlo vital al mantenernos nosotros mismos vitales regocijándonos en el Señor siempre, orando sin cesar y dándole gracias en todo.

*Ejercitamos nuestro espíritu al regocijarnos,  
al orar y al dar gracias;  
guardar nuestro espíritu principalmente significa ejercitarlo  
para que se mantenga viviente  
y sea plenamente rescatado de la muerte*

Ejercitamos nuestro espíritu al regocijarnos, al orar y al dar gracias; guardar nuestro espíritu principalmente significa ejercitarlo para que se mantenga viviente y sea plenamente rescatado de la muerte (vs. 16-18). No sean personas pasivas. Incluso en términos humanos, para vivir uno tiene que hacer algo. Si decimos: “Me rindo”, entonces lo más probable es que moriremos. Para vivir, tenemos que mantenernos activos. Si declaramos: “Quiero vivir”; entonces es casi seguro que viviremos. Sucede lo mismo con nuestro espíritu. Si decimos: “Me rindo”, entonces nuestro espíritu estará bajo la influencia de la muerte. Debemos declarar: “¡No, rescataré mi espíritu de toda muerte!”.

*Debemos cooperar con el Dios que nos santifica  
y alejarnos de cualquier situación  
que pueda infundir muerte a nuestro espíritu*

Debemos cooperar con el Dios que nos santifica y alejarnos de cualquier situación que pueda infundir muerte a nuestro espíritu (cfr. Nm. 6:6-8; 2 Co. 5:4). Una situación que infunde muerte a nuestro

espíritu es cualquier situación que haga que nuestro espíritu caiga en muerte. Así pues, no sólo se trata de aquellas situaciones pecaminosas y mundanas, sino que todo lo que es común, tal como nuestra cultura o filosofía, puede infundir muerte a nuestro espíritu. Tenemos que apartarnos de toda situación que pueda infundir muerte a nuestro espíritu.

Números 6 habla de los nazareos, los cuales eran personas santificadas, consagradas a Dios. A fin de mantener su consagración, ellos tenían que permanecer alejados de toda muerte. Si ellos tocaban muerte, sus votos de consagración serían quebrantados. Esto quiere decir que a fin de que seamos santificados, tenemos que alejarnos de toda situación que nos infunda muerte. Las situaciones que infunden muerte ciertamente incluyen toda situación pecaminosa, pero no se limitan a tales circunstancias. Además de aquellas situaciones de pecado, tenemos que evitar todo cuanto sea común, todo aquello que no tenga relación alguna con Dios, todo aquello que no nos imparte a Dios mismo y todo aquello que puede infundir muerte a nuestro espíritu.

*Debemos adorar a Dios, servirle y tener comunión con Él  
en nuestro espíritu y con él;  
todo cuanto seamos, tengamos y hagamos para Dios,  
debe estar en nuestro espíritu*

Debemos adorar a Dios, servirle y tener comunión con Él en nuestro espíritu y con él; todo cuanto seamos, tengamos y hagamos para Dios, debe estar en nuestro espíritu (Jn. 4:24; Ro. 1:9; Fil. 2:1). A fin de adorar a Dios tenemos que ejercitar nuestro espíritu. Cuando le servimos, tenemos que ejercitar nuestro espíritu. En Romanos 1:9, 7:6 y 12:11 se nos habla sobre nuestro servicio, y en todos estos versículos se hace referencia al espíritu humano. Tenemos que realizar nuestro servicio en nuestro espíritu.

**A fin de guardar nuestro espíritu, debemos guardarlo  
limpio de toda corrupción y contaminación**

A fin de guardar nuestro espíritu, debemos guardarlo limpio de toda corrupción y contaminación (2 Co. 7:1). Tenemos que guardar nuestro espíritu libre de toda contaminación, de modo que nuestro espíritu pueda conservarse en una condición de prístina pureza. Nuestro espíritu ya ha comenzado a experimentar la salvación, pues fue regenerado. Ahora, debe ser renovado diariamente. En 2 Corintios 7:1

dice: “Así que, amados, puesto que tenemos estas promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”.

**A fin de guardar nuestro espíritu,  
debemos procurar tener una conciencia  
sin ofensa ante Dios y ante los hombres**

A fin de guardar nuestro espíritu, debemos procurar tener una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres (Hch. 24:16; Ro. 9:1; cfr. 8:16). La conciencia es una parte de nuestro espíritu. Si nuestra conciencia nos molesta, entonces no podremos tener un espíritu fuerte. Nuestro espíritu está compuesto de las siguientes funciones: la conciencia, la comunión y la intuición. Si nuestra conciencia nos molesta, no podremos disfrutar de comunión. Si nuestra comunión con Dios ha sido interrumpida, no podremos recibir la intuición de Dios. La intuición está basada en nuestra comunión ininterrumpida, y la comunión tiene como fundamento una conciencia pura y sin contaminación, una conciencia libre de ofensas.

**A fin de guardar nuestro espíritu,  
debemos permanecer atentos a nuestro espíritu,  
poniendo nuestra mente en el espíritu  
y procurando el reposo de nuestro espíritu**

A fin de guardar nuestro espíritu, debemos permanecer atentos a nuestro espíritu, poniendo nuestra mente en el espíritu y procurando el reposo de nuestro espíritu (Mal. 2:15-16; Ro. 8:6; 2 Co. 2:13). Malaquías 2:15 dice: “Prestad atención, pues, a vuestro espíritu; no seas desleal con la mujer de tu juventud” (LBLA). Toda vez que una persona es desleal, no está en su espíritu, especialmente si es desleal con la mujer de su juventud.

En 2 Corintios 2:13 Pablo dice: “No tuve reposo en mi espíritu, por no haber hallado a mi hermano Tito; mas, despidiéndome de ellos, partí para Macedonia”. Pablo estaba en Troas cuando escribió esto, y debido a que no encontró a Tito no tenía reposo en su espíritu. Después, él fue a Macedonia, desde donde testificaría que “ningún reposo tuvo nuestra carne” (7:5). Allí, nada salía bien: “De fuera, conflictos; de dentro, temores” (v. 5). Pero mientras estuvo allí, Pablo no dijo: “Salgamos de aquí”, pues que él se quedara allí era determinado por si tenía reposo en su espíritu o no. Él eligió permanecer en aquel lugar donde

su espíritu tuviese reposo. Nosotros también tenemos que estar atentos al reposo de nuestro espíritu. Esto es lo que significa prestar atención a nuestro espíritu.

**A FIN DE COOPERAR CON DIOS EN GUARDAR NUESTRA ALMA  
EN SANTIFICACIÓN, DEBEMOS LIMPIAR LAS TRES “ARTERIAS”  
PRINCIPALES DE NUESTRO CORAZÓN PSICOLÓGICO,  
ESTO ES, LAS PARTES DE NUESTRA ALMA, LAS CUALES SON:  
NUESTRA MENTE, PARTE EMOTIVA Y VOLUNTAD**

A fin de cooperar con Dios en guardar nuestra alma en santificación, debemos limpiar las tres “arterias” principales de nuestro corazón psicológico, esto es, las partes de nuestra alma, las cuales son: nuestra mente, parte emotiva y voluntad. Tenemos “tres arterias” en nuestro corazón psicológico —nuestra mente, parte emotiva y voluntad—, las cuales con frecuencia quedan obstruidas. En términos físicos, tener una obstrucción en las arterias presenta un problema muy grave, lo cual requiere una gran operación.

**A fin de que nuestra alma sea santificada,  
nuestra mente debe ser renovada al grado en que llegue a ser  
la mente de Cristo, nuestra parte emotiva debe ser conmovida  
por el amor de Cristo y saturada del mismo, nuestra voluntad  
debe ser subyugada por el Cristo resucitado  
y recibir la impartición de Su persona,  
y debemos amar al Señor con todo nuestro ser**

A fin de que nuestra alma sea santificada, nuestra mente debe ser renovada al grado en que llegue a ser la mente de Cristo (Ro. 12:2), nuestra parte emotiva debe ser conmovida por el amor de Cristo y saturada del mismo (Ef. 3:17, 19), nuestra voluntad debe ser subyugada por el Cristo resucitado y recibir la impartición de Su persona (Fil. 2:13; cfr. Cnt. 4:4a; 7:4a), y debemos amar al Señor con todo nuestro ser (Mr. 12:30). En Cantar de los cantares vemos que la voluntad de la amada de Cristo, representada por su cuello, es como la torre de David (4:4a). La voluntad de la amada de Cristo dejó de ser como la de una persona jorobada, lo cual se refiere a tener una voluntad dominada por Satanás; ahora ella permanece firme en pro del Señor y no en pro de sí misma. Después de que la amada ha experimentado mucha transformación, su voluntad es como una torre de marfil (7:4a), lo cual da a entender que pasó por ciertos sufrimientos y pasó por la muerte a fin de llevar a cabo la economía de Dios. Ésta es la voluntad que Dios

quiere: una voluntad que ha sido subyugada por el Cristo resucitado y que ha recibido Su infusión.

**A fin de mantener destapadas las tres arterias principales de nuestro corazón psicológico, tenemos que hacer una confesión detallada ante el Señor; debemos pasar tiempo a solas con el Señor, pidiéndole que nos conduzca plenamente a la luz y, a la luz de todo cuanto Él nos vaya mostrando, debemos confesar nuestros defectos, fallas, derrotas, equivocaciones, malas acciones y pecados**

A fin de mantener destapadas las tres arterias principales de nuestro corazón psicológico, tenemos que hacer una confesión detallada ante el Señor; debemos pasar tiempo a solas con el Señor, pidiéndole que nos conduzca plenamente a la luz y, a la luz de todo cuanto Él nos vaya mostrando, debemos confesar nuestros defectos, fallas, derrotas, equivocaciones, malas acciones y pecados (1 Jn. 1:5-9). Lamentablemente, algunos jóvenes ya sufren físicamente obstrucciones en las arterias. Para algunos de nosotros, las arterias de nuestro corazón psicológico comenzaron a obstruirse tan pronto como fuimos salvos. Es por eso que debemos confesar de manera exhaustiva nuestros pecados ante el Señor y pasar tiempo a solas con Él. La comunión divina —la cual es comparable a la circulación de la sangre de nuestro cuerpo— resulta de la vida divina (vs. 1-3). Si hemos de permanecer en esta comunión divina, tenemos que hallarnos en la luz y confesar nuestros pecados.

Algunos de nuestros jóvenes han dicho que, para ellos, la economía de Dios y la cumbre de la revelación divina no son reales. Esto implica que hay un problema muy serio; significa que ellos están en tinieblas. Si estamos en la luz divina, tanto la economía de Dios como la cumbre de la revelación divina son, en términos de nuestra experiencia, muy reales para nosotros. En 1 Juan 1:8 dice: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”. Si decimos que no tenemos pecado, nos estamos engañando a nosotros mismos, mentimos a los demás y le hacemos a Dios un mentiroso (v. 10). Esto es algo muy serio.

Cuando acudimos al Señor, quien es luz, recibimos Su iluminación. Al ser iluminados por la luz del Señor, confesamos nuestros pecados. Nuestra confesión permite que la luz se pose sobre nosotros. La luz siempre está presente, como si fuera un reflector; pero si no

confesamos nuestros pecados, la luz sólo nos alumbrará de manera difusa. Debemos confesar nuestras malas acciones, defectos, intenciones, y todas las imperfecciones que tenemos en nuestra manera de ser. Debemos hacer mención de ello uno por uno, reconocerlos y confesarlos. Por medio de la confesión, la luz permanece enfocada.

A medida que nuestros pecados llegan a ser reales para nosotros, Dios llega a sernos también muy real. A medida que nuestros pecados llegan a ser subjetivos para nosotros, Dios también llega a sernos muy subjetivo. Nuestra confesión no debe ser general, sino específica. Podemos comparar nuestros pecados con una mochila, o bolsa, que está llena de cosas. A nosotros nos gustaría darle toda la mochila al Señor y decirle: “Señor, te doy todo lo que se encuentra en ella”. No podemos hacer una confesión así, sino que tenemos que vaciar la mochila al sacar uno por uno todo lo que se encuentra en ella. Tenemos que decirle al Señor: “Señor, en este asunto confieso mi motivo. Estaba equivocado en este pensamiento”. Esto no es introspección; más bien, es acudir a la luz. Confesar nuestros pecados es acudir al Señor; Él es el mejor médico que nos puede ayudar a eliminar toda obstrucción que tengamos en nuestro corazón. Tal confesión no debe ser hecha en público, sino que debemos hacerlo ante Dios, en la luz. En 1 Juan 1:7 dice: “Pero si andamos en luz, como el está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado”. Cuanto más confesamos nuestros pecados, más seremos limpiados, más tranquilos estaremos, más fácil nos será abrir nuestro ser al Señor, más circulación habrá y más comunión disfrutaremos.

*A fin de destapar la arteria correspondiente a nuestra mente, debemos confesar todo elemento pecaminoso presente en nuestros pensamientos y en nuestra manera de pensar*

A fin de destapar la arteria correspondiente a nuestra mente, debemos confesar todo elemento pecaminoso presente en nuestros pensamientos y en nuestra manera de pensar. Les hablé del ejemplo del hermano Lee, quien solía subir a un monte todas las mañanas para orar y confesar sus pecados. Esta experiencia hizo que él fuera una persona llena de vitalidad. Si hemos de ser personas llenas de vitalidad, lo primero que debemos hacer es acudir al Señor. Tenemos que acudir al Señor y pasar tiempo a solas con Él. Así, Él nos iluminará. Esta iluminación no es algo penoso ni fúnebre, sino que nos lava y nos introduce en la comunión.

*A fin de destapar la arteria correspondiente a nuestra voluntad, debemos confesar los gérmenes de rebelión presentes en nuestra voluntad*

A fin de destapar la arteria correspondiente a nuestra voluntad, debemos confesar los gérmenes de rebelión presentes en nuestra voluntad.

*A fin de destapar la arteria correspondiente a nuestra parte emotiva, debemos confesar la manera natural, e incluso carnal, en que expresamos nuestro gozo y nuestra tristeza, y también confesar que muy a menudo aborrecemos lo que deberíamos amar y amamos lo que deberíamos aborrecer*

A fin de destapar la arteria correspondiente a nuestra parte emotiva, debemos confesar la manera natural, e incluso carnal, en que expresamos nuestro gozo y nuestra tristeza, y también confesar que muy a menudo aborrecemos lo que deberíamos amar y amamos lo que deberíamos aborrecer. Siempre hay problemas serios cuando las cosas no funcionan como deben, por ejemplo, si algo está apagado cuando debería estar encendido, o si algo está encendido cuando debería estar apagado. Desde el punto de vista médico, semejante desequilibrio en el corazón produce una condición llamada arritmia. Si hay un desequilibrio en nuestro amor, existe un problema. Debemos destapar la arteria correspondiente a nuestra parte emotiva a fin de que el gozo y la tristeza que sintamos sean equilibrados, así como los del Señor. El Señor expresó con mesura su tristeza y su felicidad.

*Si dedicamos el tiempo necesario para destapar las tres arterias principales de nuestro corazón psicológico, sentiremos que todo nuestro ser ha sido avivado y que nos encontramos en una condición muy saludable*

Si dedicamos el tiempo necesario para destapar las tres arterias principales de nuestro corazón psicológico, sentiremos que todo nuestro ser ha sido avivado y que nos encontramos en una condición muy saludable. No debiéramos tratar la confesión de nuestros pecados como si fuéramos a un establecimiento de “fast food”, donde sirven la comida rápidamente, o como si fuéramos a un confesionario de la Iglesia Católica Romana. Necesitamos tiempo para ello. Si dedicamos el tiempo necesario para confesar nuestros pecados, de manera detallada,

permaneciendo en la luz del Señor, nuestra alma se encontrará en una condición psicológica saludable.

**A FIN DE COOPERAR CON DIOS  
EN GUARDAR NUESTRO CUERPO EN SANTIFICACIÓN,  
DEBEMOS PRESENTAR NUESTRO CUERPO A DIOS  
CON MIRAS A LLEVAR UNA VIDA SANTA  
PARA LA VIDA DE IGLESIA,  
PRACTICANDO LA VIDA DEL CUERPO  
A FIN DE CUMPLIR LA PERFECTA VOLUNTAD DE DIOS**

A fin de cooperar con Dios en guardar nuestro cuerpo en santificación, debemos presentar nuestro cuerpo a Dios con miras a llevar una vida santa para la vida de iglesia, practicando la vida del Cuerpo a fin de cumplir la perfecta voluntad de Dios (Ro. 12:1-2; 1 Ts. 4:4; 5:18). En 1 Tesalonicenses 4 Pablo hace referencia a la santificación del cuerpo. La fornicación es uno de los mayores pecados, capaz de dañar una vida santificada. Cuando Dios creó al hombre, lo creó con un cuerpo que era bueno y puro. Pero después de la caída, el cuerpo del hombre llegó a ser carne. Es decir, llegó a ser “el salón” donde se reúnen Satanás, el pecado y la muerte.

Hay muchas diferentes clases de pecado, pero el pecado de fornicación es el más grave, pues daña una vida santificada; la fornicación destruye la vida santa que es necesaria para la vida de iglesia. Es imprescindible que entendamos claramente que la fornicación es algo que no se permite en el recobro del Señor. En 1 Tesalonicenses 4:3-4 dice: “Pues ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; que os abstengáis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa poseer su propio vaso en santificación y honor”. La Palabra de Dios no permite fornicación. Nuestro cuerpo le pertenece al Señor, y Él debe poseernos. Anteriormente, el pecado y la lujuria poseían nuestro cuerpo; por tanto, nosotros somos quienes debemos poseerlo de nuevo. Debemos poseerlo en santificación y honor.

En 1 Corintios 6, donde se habla mucho de la fornicación (vs. 9, 13, 15-16, 18), se hace una comparación entre lo más santo y lo más contaminante. La unión más santa es la unión que hay entre nuestro espíritu y el Espíritu del Señor (v. 17). La unión más contaminante es la unión de nuestro cuerpo con una ramera (vs. 15-16). Si una persona participa en fornicación con una ramera, será un cuerpo con ella. En realidad, llega a ser miembro de una ramera. Los versículos 9 y 10 dicen: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os desviéis; ni

los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los que viven de rapiña, heredarán el reino de Dios". Cometer fornicación es cometer un pecado que daña directamente el cuerpo de uno mismo.

Quisiera mencionarles algunos versículos más, especialmente a los jóvenes. En 1 Tesalonicenses 4:8 dice: "Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también os da Su Espíritu Santo". Caer en fornicación equivale a rechazar a Dios. El versículo 6 dice: "Que ninguno se propase y tome ventaja de su hermano en este asunto; porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os he dicho y solemnemente prevenido". Luego, Hebreos 12:16 dice: "No sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que a cambio de una sola comida entregó su primogenitura". Una vez conocí a un hermano que cayó en fornicación y que me dijo: "No puedo evitarlo". ¡No! Dios nos ha dado un espíritu regenerado. Tenemos la capacidad de resistirlo.

Gálatas 5:19 dice que la fornicación es obra de la carne, y Efesios 5:3 dice que la fornicación no se nombre entre nosotros. Colosenses 3:5 dice: "Haced morir, pues, vuestros miembros terrenales: fornicación, impureza, pasiones, malos deseos y avaricia, que es idolatría".

Dios nos hizo con un cuerpo maravilloso; por tanto, no debemos contaminarlo, ni dañarlo ni arruinarlo por causa de la fornicación. En 1 Corintios 6 se presenta que en la fornicación los miembros de nuestro cuerpo llegan a ser miembros de una ramera, pero en el mismo capítulo vemos tres cualidades nobles atribuidas al cuerpo: primero, es miembro de Cristo (v. 15); segundo, es templo del Espíritu Santo (v. 19); y tercero, con él glorificamos a Dios (v. 20). No somos como los gnósticos ni tampoco como los hindúes, pues no estamos diciendo que el cuerpo del hombre es maligno. Al contrario, el cuerpo humano es maravilloso porque puede ser un miembro de Cristo, puede ser el templo del Espíritu Santo, y también puede dar gloria a Dios. En 1 Corintios 6:13 se menciona en parejas dos grupos: en el primer grupo vemos que la comida es para el vientre, y el vientre para la comida, los cuales ambos perecerán; y en el segundo grupo vemos que el cuerpo es para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Todo lo que tenemos debe ser para el Señor. Asimismo, el Señor no sólo es para nuestro espíritu, para nuestra alma, sino también para nuestro cuerpo.

**Nuestro cuerpo caído, nuestra carne, es el "salón" donde se reúnen Satanás, el pecado y la muerte, pero a causa de la redención de Cristo y debido a que ahora nuestro espíritu regenerado es el "salón" donde se reúnen el Padre, el Hijo y el Espíritu, nuestro cuerpo ha llegado a ser un miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo**

Nuestro cuerpo caído, nuestra carne, es el "salón" donde se reúnen Satanás, el pecado y la muerte, pero a causa de la redención de Cristo y debido a que ahora nuestro espíritu regenerado es el "salón" donde se reúnen el Padre, el Hijo y el Espíritu, nuestro cuerpo ha llegado a ser un miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo (Ro. 6:6, 12, 14; 7:11, 24; 1 Co. 6:15, 19).

**Guardar nuestro cuerpo es glorificar a Dios en nuestro cuerpo**

Guardar nuestro cuerpo es glorificar a Dios en nuestro cuerpo (v. 20). Nuestro cuerpo y los miembros que lo componen tienen la capacidad de glorificar a Dios.

**Guardar nuestro cuerpo es magnificar a Cristo en nuestro cuerpo**

Guardar nuestro cuerpo es magnificar a Cristo en nuestro cuerpo (Fil. 1:20). No estamos hablando de mortificación, ni de ascetismo ni tampoco de gnosticismo. Más bien, estamos hablando respecto al hecho de que la completa santificación de nuestro cuerpo equivale a la glorificación.

**Si nuestro cuerpo ha de ser guardado, no debemos vivir conforme a nuestra alma, el viejo hombre; esto hará que el cuerpo de pecado "pierda su empleo" y quede "desempleado"**

Si nuestro cuerpo ha de ser guardado, no debemos vivir conforme a nuestra alma, el viejo hombre; esto hará que el cuerpo de pecado "pierda su empleo" y quede "desempleado" (Ro. 6:6). Nuestro viejo hombre ha sido crucificado con Cristo. La manera en que podemos llevar una vida en santificación consiste en que le consagremos al Señor nuestro cuerpo, nuestros miembros. Debido a que nuestro viejo hombre fue crucificado, nuestro cuerpo ha cambiado de dueño. Ahora

ya no podemos hacer que nuestro cuerpo haga lo que solía hacer con el dueño anterior, como por ejemplo, juegos de azar. Nuestro cuerpo ha quedado “desempleado”.

**Si nuestro cuerpo ha de ser guardado,  
no debemos presentar nuestro cuerpo a nada pecaminoso,  
sino, más bien, presentarnos a nosotros  
mismos como esclavos a la justicia,  
y nuestros miembros como armas de justicia**

Si nuestro cuerpo ha de ser guardado, no debemos presentar nuestro cuerpo a nada pecaminoso, sino, más bien, presentarnos a nosotros mismos como esclavos a la justicia, y nuestros miembros como armas de justicia (vs. 13, 18-19, 22). Santificación es consagración. Ser santificados en nuestro cuerpo equivale a que nuestro cuerpo sea consagrado. Debemos consagrar todos los miembros de nuestro cuerpo primero, como esclavos, y segundo, como instrumentos a la justicia para santificación. La consumación de todo esto es vida eterna.

*“Pues ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación;  
que os abstengáis de fornicación; que cada uno de vosotros  
sepa poseer su propio vaso en santificación y honor”*

En 1 Tesalonicenses 4:3-4 dice: “Pues ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; que os abstengáis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa poseer su propio vaso en santificación y honor”.

*La razón por la cual las personas se entregan  
a las pasiones de concupiscencias es que no conocen a Dios*

La razón por la cual las personas se entregan a las pasiones de concupiscencias es que no conocen a Dios (v. 5). Debido a que las personas no conocen a Dios, se entregan a las pasiones de concupiscencias. Pero esa no es la función apropiada del cuerpo, el cual puede llegar a ser un miembro de Cristo y el templo del Espíritu Santo y también puede glorificar a Dios. Además, nuestro cuerpo puede magnificar a Cristo, e incluso puede obrar para santificación y vida.

Dios primero santifica nuestro espíritu; ahora Él está santificando nuestra alma, y en poco tiempo, Él también santificará nuestro cuerpo al glorificarlo. Dios no sólo absorberá la muerte, el pecado y la debilidad de la carne, sino que también nos empapará consigo mismo y se manifestará desde dentro de nosotros como la luz que emana de una

bombilla. En ese entonces, nuestra santificación habrá sido consumada, y Dios será glorificado tanto en Su segunda venida como en Su manifestación desde el interior de nosotros.

**Si nuestro cuerpo ha de ser guardado,  
debemos golpearlo y ponerlo  
en servidumbre, a fin de cumplir nuestro propósito santo:  
llegar a ser la santa ciudad**

Finalmente, si nuestro cuerpo ha de ser guardado, debemos golpearlo y ponerlo en servidumbre, a fin de cumplir nuestro propósito santo: llegar a ser la santa ciudad (1 Co. 9:27; Ap. 21:2). Si hemos de llevar tal vida, debemos vivir de forma ordenada y regulada. Romanos 8:13 dice: “Porque si vivís conforme a la carne, habréis de morir; mas si por el Espíritu hacéis morir los hábitos del cuerpo, viviréis”. Hay muchos hábitos distintos. Debemos cambiar nuestros hábitos. Debemos ser aquellos que madrugan para estudiar la Palabra y debemos tener contacto con el Señor. Esto no es algo que se hace una sola vez, sino que debería llegar a ser lo que habitualmente hacemos y practicamos. Para hacer esto, tenemos que golpear nuestro cuerpo. Es en la mañana, cuando no tenemos ganas de levantarnos y nos gustaría dormir un poquito más, que se manifiesta el momento más oportuno para golpear nuestro cuerpo, diciéndole: “¡Cuerpo mío, levántate! Es hora del avivamiento matutino. Es hora de tener contacto con el Señor”. Así que, tenemos que golpear nuestro cuerpo y ponerlo en servidumbre, a fin de cumplir nuestro propósito santo: llegar a ser la ciudad santa.

En 1 Tesalonicenses 5:24 dice: “Fiel es el que os llama, el cual también lo hará”. Nosotros no somos fieles, pero Dios es fiel. Dios es fiel para santificarnos. Él nos ha llamado en santificación, y también lo hará. Él nos santificará y nos perfeccionará por completo. Él santificará nuestro espíritu, nuestra alma y nuestro cuerpo hasta que estemos cara a cara con el Señor.

En 2 Corintios 7:1 dice: “Así que, amados, puesto que tenemos estas promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”. Amén.—A. Y.